

Lo son, tan poco se les conoce, contentándose con una fe del todo muerta: fíjese en los que procuran ajustar su vida a la del Salvador, en los verdaderos justos, que viven de su fe. Estos, aunque aparenten pocos –por vivir escondidos– no faltan: en ellos podrá verse la eficacia de esa verdad que nos hace libres. La Iglesia a pesar de tantos pecadores siempre es santa, siempre cuenta en su seno gran número de santos, de fieles seguidores de Jesús: ahí es donde se percibe claramente esa divina eficacia. Ande Ud. cerca de ellos y sentirá el buen olor de Cristo. En prueba de lo cual le referí, como pude, algunos portentosos ejemplos de virtud consumada que yo mismo acababa de presenciar en el lecho mortal de la admirable sierva de Dios M. M<sup>a</sup> R. de A.; y vi cuán vivamente le impresionaba esta sencilla narración».

Aunque se dice que Unamuno y Arintero no se entendieron como era de desear, sin embargo, los desencuentros no rompieron del todo su relación. El último testimonio de su trato lo encontramos hacia el final de la vida de Arintero, cuando uno de sus sobrinos le pidió que le recomendara, y aquel le escribió una tarjeta a Unamuno diciéndole únicamente: «Que el tribunal haga justicia con él».

## TEXTO

El día 20 de febrero del presente año la Escuela de Teología de San Esteban de Salamanca celebró el ochenta y cuatro aniversario de la muerte del P. Arintero con una conferencia a cargo del Dr. Etelvino González López, titulada: «Encuentro de dos maestros renovadores: Arintero y Unamuno». Esta conferencia se inscribe además en el contexto del setenta y cinco aniversario de la muerte de D. Miguel de Unamuno, conocido filósofo, novelista, poeta y apasionado buscador de Dios. D. Etelvino ha preparado una edición crítica del *Diario íntimo* de Miguel de Unamuno, que está a punto aparecer; ha publicado un trabajo sobre *Místicos renanos en el Diario íntimo de Miguel de Unamuno*, y un interesante artículo titulado «Otra alma de Unamuno» (en el Anuario Archivo Dominicano), donde expone la relación de Unamuno con los dominicos. A la conferencia asistió numeroso público. Siguiendo la tradición, después de este acto académico quienes lo desearon tuvieron la oportunidad de visitar la celda del P. Arintero.

**P. Juan G. Arintero, O.P.**

**–Apóstol del Amor Misericordioso–**

Boletín Informativo

Año VII –nº 19–Enero-Abril 2012

**Causa de Canonización**

Promotor: Fr. Manuel Ángel Martínez Juan, O.P.

**«Deseo a Nuestro Señor, deseo amarle y que muchos le amen» (P. Arintero).**

## EDITORIAL

### ***La relación entre el P. Arintero y D. Miguel de Unamuno***

Estos dos grandes maestros coincidieron en Salamanca en varios períodos. En 1891 D. Miguel de Unamuno (1864-1936) consiguió por oposición la cátedra de Lengua Griega en la Universidad de la ciudad del Tormes, tenía entonces 27 años. Era cuatro años más joven que el P. Arintero. No se sabe con certeza cuando estos dos maestros se conocieron personalmente y trabaron contacto. Pudo ser a partir del comienzo del curso 1898-1899 cuando Arintero se encontraba de nuevo en Salamanca, esta vez como profesor de teología, enseñando las materias *De vera religione* y *De locis*. Precisamente el año anterior la relación de Unamuno con su confesor, el jesuita Juan José Lecanda, había entrado en crisis, y es probable que desde entonces anduviera buscando un director espiritual con quien compartir sus inquietudes religiosas más profundas.

En febrero de ese mismo año 1897 Unamuno había recibido el libro de E. Denifle titulado *La vida espiritual según la doctrina de los místicos alemanes del siglo XIV*, libro que leyó en alemán y del que hizo una lectura profunda y luego citó numerosas veces en su *Diario íntimo*. Previamente había leído ya las obras de los místicos españoles del siglo XVI, pero buscando en ellas las características propias del espíritu castellano. En cambio, la lectura de esta antología de textos místicos parece tener como objetivo alimentar su propio espíritu. Esta lectura le suscitó una gran admiración por la obra del beato Enrique Susón. En estos momentos Unamuno se interesa por la mística y la teología porque está preparando varias obras y tiene en mente un estudio de la Filosofía de la religión.

Unamuno deberá ausentarse de Salamanca desde febrero de 1924, por ser destituido de sus cargos y desterrado a Fuerteventura; y aunque fue indultado el 9 de julio de ese mismo año, decidió vivir voluntariamente en el destierro, primero en París y luego en Hendaya, hasta la caída del gobierno del general Miguel Primo de Ribera. A su regreso a Salamanca ya había fallecido el P. Arinterro. Por su parte, el dominico leonés estuvo ausente de Salamanca desde comienzos del curso 1900-1901 hasta finales del curso 1902-1903. Y más tarde durante el curso 1909-1910.

D. Miguel sentía una gran simpatía y respeto por los frailes del convento de San Esteban de Salamanca. Sobre todo mantuvo una especial relación con el P. Arinterro, el P. Getino y el P. Matías García. Este último era un eminente moralista y gran amigo de Unamuno. Cuando D. Miguel se enteró de que al P. Matías tuvieron que amputarle una pierna, se fue a Madrid a visitarlo, y no pudo contener las lágrimas al contemplar la desgracia de su amigo. Con el P. Getino conversó largamente paseando por el «Monte Olivete», situado en la huerta del convento dominicano. Algunas temporadas visitaba el convento dominicano a diario. A veces participaba también en la liturgia conventual. En marzo de 1897 vive en San Esteban varios días con el fin de serenar su espíritu turbado a causa de la crisis que estaba sufriendo con la enfermedad de su tercer hijo (de los nueve que tuvo), Raimundín, que padecía de hidrocefalia. Cuando éste murió en 1902, a la edad de siete años, el P. Arinterro se encontraba destinado en el convento de Valladolid. D. Miguel pasaba también algunas temporadas en la Peña de Francia; allí podía continuar su relación con los frailes dominicos.

Respecto a su relación con Arinterro, el P. Albino Menéndez-Reigada, que fue su discípulo, y que testimonió más tarde siendo obispo de Córdoba, dice –recogiendo lo que escuchó en el convento de San Esteban– que en una ocasión D. Miguel acudió al místico leonés para pedirle razones que fueran capaces de inducirlo a abrazar de nuevo la fe que había pedido. Y con ese motivo entablaron varios coloquios o conversaciones, aunque el P. Albino no pudo precisar exactamente cuántos. Pero, viendo que Unamuno hacía interminables las discusiones, buscando el significado etimológico de todas las palabras que utilizaba el P. Arinterro, y se perdía en mil particularidades, que no iban al fondo de la cuestión, Arinterro le dijo que le parecía inútil continuar con aquello y que más bien estaba perdiendo el tiempo. Y Unamuno le dijo:

«¿Y ahora qué debo hacer para volver a creer?» Y Arinterro le respondió diciendo: «Practicar». Y Unamuno comenzó por algún tiempo a practicar asistiendo a la Misa.

Por su parte, el P. Ignacio Blázquez Bautista, O.P., hablando de la caridad del P. Arinterro con el prójimo, dice que prueba de esta caridad fueron sus diálogos sobre la fe con D. Miguel de Unamuno, quien se resistía a aceptar ciertas verdades del Credo. Arinterro le exhortaba con gran celo y cariño a ser humilde para alcanzar la fe, y le pedía que practicase la oración como medio eficaz para conseguirla. Después de cierto tiempo Unamuno volvió a Arinterro para decirle que, a pesar de su oración, no conseguía ver la luz en las verdades de fe. Y Arinterro le contestó con firmeza: «Es necesario mucha humildad y menos raciocinio». El P. Blázquez considera fruto del diálogo con Arinterro las siguientes palabras que Unamuno escribió en su *Diario íntimo*: «Perdí la fe pensando mucho en el credo y tratando de racionalizar los misterios, de entenderlos de modo racional y más sutil. Por eso he escrito muchas veces que la teología mata al dogma. Y hoy a mediada que más pienso más claros se me aparecen los dogmas y su armonía y su hondo sentido. ¿Cabe mayor mostración del dedo de Dios? Me hace recobrar lo que perdí por el camino inverso a aquel porque lo perdí; pensando en el dogma lo deshice, pensando en él lo rehago. Sólo que donde hay que pensarlo y vivirlo es en la oración. La oración es la única fuente de la posible comprensión del misterio. ¡El rosario! ¡Admirable creación! ¡Rezar meditando los misterios! No sutilizarlos y escudriñarlos sobre los libros, sino meditarlos de rodillas y rezando; éste es el camino».

La única referencia que hace el P. Arinterro a sus diálogos con Unamuno se encuentra en el último volumen de su obra *Desenvolvimiento y vitalidad de la Iglesia*, aunque no se trata de una referencia explícita, sino velada. Dice así:

«Un sabio profesor de gran prestigio, que tiene la inmensa desgracia de haber perdido la fe –y quizá por haberla querido fundar demasiado en razones humanas–, lamentando en cierto momento su triste situación, e indicándome sus secretas amarguras, me preguntaba no ha mucho, “dónde podría ver la verdad vital del catolicismo”, pues en la generalidad del pueblo que se dice cristiano sólo le parecía descubrir la antítesis del

Evangelio... A lo cual sólo acerté a responderle: No se fije Ud. en esos que, llamándose cristianos, viven como si no lo fuesen, y si